

APÉNDICE: *PASADO EN CLARO*

Versión de 1975

1 Oídos con el alma,
pasos mentales más que sombras,
sombras del pensamiento más que pasos,
por el camino de ecos
5 que la memoria inventa y borra:
sin caminar caminan
sobre este ahora, puente
tendido entre una letra y otra.
Como llovizna sobre brasas
10 dentro de mí los pasos pasan
hacia lugares que se vuelven aire.
Nombres: en una pausa
desaparecen, entre dos palabras.
El sol camina sobre los escombros
15 de lo que digo, el sol arrasa los parajes
confusamente apenas
amaneciendo en esta página,
el sol sobre mi frente,
20 dentro de mí. balcón al voladero
Me alejo de mí mismo,
sigo los titubeos de esta frase,
senda de piedras y de cabras.
Relumbran las palabras en la sombra.
25 Y la negra marea de las sílabas
cubre el papel y entierra
sus raíces de tinta
en el subsuelo del lenguaje.
Desde mi frente salgo a un mediodía
30 del tamaño del tiempo.
El asalto de siglos del baniano
contra la vertical paciencia de la tapia

Versión de 1991

1 Oídos con el alma,
pasos mentales más que sombras,
sombras del pensamiento más que pasos,
por el camino de ecos
5 que la memoria inventa y borra:
sin caminar caminan
sobre este ahora, puente
tendido entre una letra y otra.
Como llovizna sobre brasas
10 dentro de mí los pasos pasan
hacia lugares que se vuelven aire.
Nombres: en una pausa
desaparecen, entre dos palabras.
El sol camina sobre los escombros
15 de lo que digo, el sol arrasa los parajes
confusamente apenas
amaneciendo en esta página,
el sol sobre mi frente,
20 dentro de mí. balcón al voladero
Me alejo de mí mismo,
sigo los titubeos de esta frase,
senda de piedras y de cabras.
Relumbran las palabras en la sombra.
25 Y la negra marea de las sílabas
cubre el papel y entierra
sus raíces de tinta
en el subsuelo del lenguaje.
Desde mi frente salgo a un mediodía
30 del tamaño del tiempo.
El asalto de siglos del baniano

es menos largo que esta momentánea
bifurcación de pensamiento
35 entre lo presentido y lo sentido.
Ni allá ni aquí: por esa linde
de duda, transitada
sólo por espejeos y vislumbres,
40 donde el lenguaje se desdice,
voy al encuentro de mí mismo.
La hora es bola de cristal.
Entro en un patio abandonado:
aparición de un fresno.
Verdes exclamaciones
45 del viento entre las ramas.
Del otro lado está el vacío.
Patio inconcluso, amenazado
por la escritura y sus incertidumbres.
Ando entre las imágenes de un ojo
50 desmemoriado. Soy una de sus imágenes.
El fresno, sinüosa llama líquida,
es un rumor que se levanta
hasta volverse torre hablante.
55 Jardín ya matorral: su fiebre inventa bichos
que luego copian las mitologías.
Adobes, cal y tiempo:
entre ser y no ser los pardos muros.
Infinitesimales prodigios en sus grietas:
60 el hongo duende, vegetal Mitridates,
la lagartija y sus exhalaciones.
Estoy dentro del ojo: el pozo
donde desde el principio un niño
está cayendo, el pozo donde cuento
65 lo que tardo en caer desde le principio,
el pozo de la cuenta de mi cuento
por donde sube el agua y baja
mi sombra.

El patio, el muro, el fresno, el pozo

contra la vertical paciencia de la tapia
es menos largo que esta momentánea
bifurcación de pensamiento
35 entre lo presentido y lo sentido.
Ni allá ni aquí: por esa linde
de duda, transitada
sólo por espejeos y vislumbres,
40 donde el lenguaje se desdice,
voy al encuentro de mí mismo.
La hora es bola de cristal.
Entro en un patio abandonado:
aparición de un fresno.
Verdes exclamaciones
45 del viento entre las ramas.
Del otro lado está el vacío.
Patio inconcluso, amenazado
por la escritura y sus incertidumbres.
Ando entre las imágenes de un ojo
50 desmemoriado. Soy una de sus imágenes.
El fresno, sinüosa llama líquida,
es un rumor que se levanta
hasta volverse torre hablante.
55 Jardín ya matorral: su fiebre inventa bichos
que luego copian las mitologías.
Adobes, cal y tiempo:
entre ser y no ser los pardos muros.
Infinitesimales prodigios en sus grietas:
60 el hongo duende, vegetal Mitridates,
la lagartija y sus exhalaciones.
Estoy dentro del ojo: el pozo
donde desde el principio un niño
está cayendo, el pozo donde cuento
65 lo que tardo en caer desde le principio,
el pozo de la cuenta de mi cuento
por donde sube el agua y baja
mi sombra.

70 en una claridad en forma de laguna
se desvanecen. Crece en sus orillas
una vegetación de transparencias.
Rima feliz de montes y edificios,
se desdobra el paisaje en el abstracto
espejo de la arquitectura.

75 Apenas dibujada,
suerte de coma horizontal ()
entre el cielo y la tierra,
una piragua solitaria.
Las olas hablan nahua.

80 Cruza un signo volante las alturas.
Tal vez es una fecha, conjunción de destinos:
el haz de cañas, prefiguración del brasero.
El pedernal, la cruz, esas llaves de sangre
¿alguna vez abrieron las puertas de la muerte?

85 La luz poniente se demora,
alza sobre la alfombra simétricos incendios,
vuelve llama quimérica
este volumen lacre del hojeo
(estampas: los volcanes, los cúes y, tendido,

90 manto de plumas sobre el agua,
Tenochtitlán todo empapado en sangre).
Los libros del estante son ya brasas
que el sol atiza con sus manos rojas.
Se rebela mi lápiz a seguir el dictado.

95 En la escritura que la nombra
se eclipsa la laguna.
Doblo la hoja. Cuchicheos:
me espían entre los follajes
de las letras.

100 Un charco es mi memoria.
Lodoso espejo: ¿dónde estuve?
Sin piedad y sin cólera mis ojos
me miran a los ojos
desde las aguas turbias de ese charco

El patio, el muro, el fresno, el pozo

70 en una claridad en forma de laguna
se desvanecen. Crece en sus orillas
una vegetación de transparencias.
Rima feliz de montes y edificios,
se desdobra el paisaje en el abstracto
espejo de la arquitectura.

75 Apenas dibujada,
suerte de coma horizontal ()
entre el cielo y la tierra,
una piragua solitaria.
Las olas hablan nahua.

80 Cruza un signo volante las alturas.
Tal vez es una fecha, conjunción de destinos:
el haz de cañas, prefiguración del brasero.
El pedernal, la cruz, esas llaves de sangre
¿alguna vez abrieron las puertas de la muerte?

85 La luz poniente se demora,
alza sobre la alfombra simétricos incendios,
vuelve llama quimérica
este volumen lacre del hojeo
(estampas: los volcanes, los cúes y, tendido,

90 manto de plumas sobre el agua,
Tenochtitlán todo empapado en sangre).
Los libros del estante son ya brasas
que el sol atiza con sus manos rojas.
Se rebela mi lápiz a seguir el dictado.

95 En la escritura que la nombra
se eclipsa la laguna.
Doblo la hoja. Cuchicheos:
me espían entre los follajes
de las letras.

100 Un charco es mi memoria.
Lodoso espejo: ¿dónde estuve?

105 que convocan ahora mis palabras.
 No veo con los ojos: las palabras
 son mis ojos. Vivimos entre nombres;
 lo que no tiene nombre todavía
 no existe: *Adán de lodo*,
 110 no muñeco de barro, una metáfora.
 Ver al mundo es deletrearlo.
 Espejo de palabras: ¿dónde estuve?
 Mis palabras me miran desde el charco
 de mi memoria. Brillan,
 115 entre enramadas de reflejos,
 nubes varadas y burbujas,
 sobre un fondo del ocre al brasilado,
 las sílabas del agua.
 Ondulación de sombras, visos, ecos,
 120 no escritura de signos: de rumores.
 Mis ojos tienen sed. El charco es senequista:
 el agua, aunque potable, no se bebe: se lee.
 Al sol del altiplano se evaporan los charcos.
 Queda un polvo desleal
 125 y unos cuantos vestigios intestados.
 ¿Dónde estuve?
 Yo estoy en donde estuve:
 entre los muros indecisos
 del mismo patio de palabras.
 130 Abderramán, Pompeyo, Xicoténcatl,
 batallas en el Oxus o en la barda
 con Ernesto y Guillermo. La mil hojas,
 verdinegra escultura del murmullo,
 jaula de sol y la centella
 135 breve del chupamirto: la higuera primordial,
 capilla vegetal de rituales
 polimorfos, diversos y perversos.
 Revelaciones y abominaciones:
 el cuerpo y sus lenguajes
 140 entretejidos, nudo de fantasmas

Sin piedad y sin cólera mis ojos
 me miran a los ojos
 desde las aguas turbias de ese charco
 105 que convocan ahora mis palabras.
 No veo con los ojos: las palabras
 son mis ojos. Vivimos entre nombres;
 lo que no tiene nombre todavía
 no existe: *Adán de lodo*,
 110 no muñeco de barro, una metáfora.
 Ver al mundo es deletrearlo.
 Espejo de palabras: ¿dónde estuve?
 Mis palabras me miran desde el charco
 de mi memoria. Brillan,
 115 entre enramadas de reflejos,
 nubes varadas y burbujas,
 sobre un fondo del ocre al brasilado,
 las sílabas del agua.
 Ondulación de sombras, visos, ecos,
 120 no escritura de signos: de rumores.
 Mis ojos tienen sed. El charco es senequista:
 el agua, aunque potable, no se bebe: se lee.
 Al sol del altiplano se evaporan los charcos.
 Queda un polvo desleal
 125 y unos cuantos vestigios intestados.
 ¿Dónde estuve?
 Yo estoy en donde estuve:
 entre los muros indecisos
 del mismo patio de palabras.
 130 Abderramán, Pompeyo, Xicoténcatl,
 batallas en el Oxus o en la barda
 con Ernesto y Guillermo. La mil hojas,
 verdinegra escultura del murmullo,
 jaula de sol y la centella
 135 breve del chupamirto: la higuera primordial,
 capilla vegetal de rituales

palpados por el pensamiento
 y por el tacto disipados,
 argolla de la sangre, idea fija
 en mi frente clavada.
 145 El deseo es señor de espectros,
 el deseo nos vuelve espectros:
 yo fui la enredadera imaginaria,
 la atadura de viento atada al árbol
 de viento, el manto calcinado
 150 sobre las invenciones de la llama.
 La hendedura del tronco:
 sexo, sello, pasaje serpentino
 cerrado al sol y a mis miradas,
 abierto a las hormigas.
 155 **Brota el día, prorrumpen entre las hojas,
 el tiempo es luz filtrada, (Confrontar con la nota en la
 reventia el fruto negro columna derecha. La reubicación
 en encarnada florescencia, afecta el contenido erótico).
 la rota rama escurre savia lechosa y acre.**
 160 La hendedura fue pórtico
 del más allá de lo mirado y lo pensado:
 allá dentro son verdes la mareas,
 la sangre es verde, el fuego verde,
 entre las yerbas negras arden estrellas verdes:
 165 es la música verde de los élitros
 en la noche callada de la higuera
 —allá dentro son los ojos las yemas de los dedos,
 el tacto mira, palpan las miradas,
 los ojos oyen los olores,
 170 hay una reina diminuta
en un país de musgo desterrada. (Esta sección desaparece y
hay un gusano carcelero y geométra la segunda versión).
encarcelado en un icosaedro.
hay un insecto tejedor de música
 175 y hay otro insecto de destaje
los silogismos de la luna.

polimorfos, diversos y perversos.
 Revelaciones y abominaciones:
 el cuerpo y sus lenguajes
 140 entretejidos, nudo de fantasmas
 palpados por el pensamiento
 y por el tacto disipados,
 argolla de la sangre, idea fija
 en mi frente clavada.
 145 El deseo es señor de espectros,
 el deseo nos vuelve espectros:
somos enredaderas de aire
en árboles de viento.
manto de llamas inventado
y devorado por la llama.
 150 La hendedura del tronco:
 sexo, sello, pasaje serpentino
 cerrado al sol y a mis miradas,
 abierto a las hormigas.

(Se agregan cuatro versos).

**[Brota el día, prorrumpen entre las hojas,
 el tiempo es luz filtrada, (Se suprime esta estrofa. Sus cuatro
 reventia el fruto negro últimos versos aparecen después
 en encarnada florescencia, en esta versión).
 la rota rama escurre savia lechosa y acre.]**

155 La hendedura fue pórtico
 del más allá de lo mirado y lo pensado:
 allá dentro son verdes la mareas,
 la sangre es verde, el fuego verde,
 entre las yerbas negras arden estrellas verdes:
 160 es la música verde de los élitros
en la pristina noche de la higuera:
 —allá dentro son los ojos las yemas de los dedos,
 el tacto mira, palpan las miradas,
 los ojos oyen los olores;

(Se agregan un adjetivo
y una pausa).

(Se agrega el punto y coma).

la luz es una niña aguja que perfora
las vetas espirales
y va cascada se despeña
 180 por unos labios entreabiertos,
hay ríos de cuchillos que nunca desembocan,
ríos ciegos que van a tientas
perdidos en los llanos de una duda,
hay ríos de latidos
 185 vagando por las selvas del deseo,
entre mis dedos codiciosos
horas de arena fluyen hacia un sin donde tácito
 —no hay escuela allá dentro,
 siempre es el mismo día, siempre la misma noche,
 190 no han inventado el tiempo todavía,
 no ha envejecido el sol,
 esta nieve es idéntica a la otra,
 siempre y nunca es lo mismo,
 aquí nunca ha llovido y llueve siempre,
 195 todo está siendo y nunca ha sido,
 pueblo sin nombre de las sensaciones,
 nombres que buscan cuerpo,
 impías transparencias,
 jaulas de claridad donde se anulan
 200 la identidad entre sus semejanzas,
 la diferencia en sus contradicciones
 —la higuera, sus falacias y su sabiduría:
 prodigios de la tierra
 —fidedignos, puntuales, redundantes—
 205 y la conversación con los espectros.
 Aprendizajes con la higuera:
 hablar con vivos y con muertos.
 También conmigo mismo.

La procesión del año

210 —cambios que son repeticiones—
 en las metamorfosis de la higuera.

165 —allá dentro es afuera,
es todas partes y ninguna parte,
las cosas son las mismas y son otras,
encarcelado en un icosaedro
hay un insecto tejedor de música
 170 y hay otro insecto que desteje
los silogismos que la araña teje
colgada de los hilos de la luna
 —allá dentro el espacio
 es una mano abierta y una frente
 175 que no piensa ideas sino formas
que respiran, caminan, hablan, cambian
y silenciosamente se evaporan;
 —allá dentro, país de entretreídos ecos,
se despeña la luz, lenta cascada,
 180 entre los labios de las grietas:
la luz es agua, el agua tiempo diáfano
donde los ojos lavan sus imágenes;
 —allá dentro los cables del deseo
finjen eternidades de un segundo
 185 que la mental corriente eléctrica
enciende, apaga, enciende,
resurrecciones llameantes
del alfabeto calcinado;
 —no hay escuela allá dentro,
 190 siempre es el mismo día, siempre la misma noche,
 no han inventado el tiempo todavía,
 no ha envejecido el sol,
 esta nieve es idéntica a la yerba,
 195 siempre y nunca es lo mismo,
nunca ha llovido y llueve siempre,
 todo está siendo y nunca ha sido,
 pueblo sin nombre de las sensaciones,
 nombres que buscan cuerpo,
 impías transparencias,
 200 jaulas de claridad donde se anulan

(Se agrega la nueva sección del verso 165 al 188);

(Cambia la palabra yerba).

(Se suprime la palabra “aquí”).

Si el otoño la quema, su luz la transfigura:
 por los espacios diáfanos
 se eleva descarnada virgen negra.
 215 El cielo es giratorio lapislázuli:
 viran *au ralenti* sus continentes,
 insubstanciales geografías.
 Llamas entre las nieves de las nubes.
 La tarde más y más de miel quemada.
 220 Derrumbe silencioso de horizontes:
 la luz se precipita de las cumbres,
 la sombra se derrama por el llano.
 A la luz de la lámpara —la noche
 ya dueña de la casa y el fantasma
 225 de mi abuelo ya dueño de la noche—
 yo penetraba en el silencio,
 cuerpo sin cuerpo, tiempo
 sin horas. Cada noche,
 máquinas transparentes del delirio,
 230 dentro de mí los libros levantaban
 arquitecturas sobre una sima edificadas.
 Las alza un soplo del espíritu,
 un parpadeo las deshace.
 Yo junté leña con los otros
 235 y lloré con el humo de la pira
 del domador de potros;
 vagué por la arboleda navegante
 que arrastra el Tajo turbidamente verde:
 la líquida espesura se encrespaba
 240 tras de la fugitiva Galatea;
 vi en racimos las sombras agolpadas
 para beber la sangre de la zanja:
mejor quebrar terrones
por la ración de perro del labrador avaro
 245 *que regir las naciones pálidas de los muertos;*
 tuve sed, vi demonios en el Gobi;
 en la gruta nadé con la sirena

la identidad entre sus semejanzas,
 la diferencia en sus contradicciones.
La higuera, sus falacias y su sabiduría: (Se elimina el guión inicial).
 prodigios de la tierra
 205 —fidedignos, puntuales, redundantes—
 y la conversación con los espectros.
 Aprendizajes con la higuera:
 hablar con vivos y con muertos.
 También conmigo mismo.
 210 La procesión del año
cambios que son repeticiones. (Se eliminan guiones. Se
El paso de las horas y su peso. agrega un punto).
La madrugada: más que luz, un vaho (Los versos 213 a 222
de claridad cambiada en gotas grávidas son nuevos).
 215 **sobre los vidrios y las hojas**
el mundo se atenúa
en esas oscilantes geometrías
hasta volverse el filo de un reflejo.
 220 **Brota el día, prorrumpo entre las hojas,**
gira sobre sí mismo
y de la vacuidad en que se precipita
surge, otra vez, corpóreo.
El tiempo es luz filtrada. (En la versión de 1975 estos cuatro
Revienta el fruto negro versos aparecían antes).
 225 **en encarnada florescencia,**
la rota rama escurre savia lechosa y acre.
Metamorfosis de la higuera: (Este verso ahora comienza
si el otoño la quema, su luz la transfigura. en dístico).
 230 Por los espacios diáfanos (Esta división es nueva).
 se eleva descarnada virgen negra.
 El cielo es giratorio lapislázuli:
 viran *au ralenti* sus continentes,
 insubstanciales geografías.
 Llamas entre las nieves de las nubes.
 235 La tarde más y más de miel quemada.

(y después, en el sueño purgativo,
fendendo i drappi, e mostravami 'l ventre,
 250 *quel mí svegliò col puzzo che n'uscia*);
 grabé sobre mi tumba imaginaria:
no muevas esta lápida,
soy rico sólo en huesos;
 aquellas memorables
 255 *pecosas peras* encontradas
 en la cesta verbal de Villaurrutia;
 Carlos Garrote, eterno medio hermano,
Dios te salve, me dijo al derribarme
 y era, por los espejos del insomnio
 260 repetido, yo mismo el que me hería;
 Isis y el asno Lucio; el pulpo y Nemo;
 y los libros marcados por las armas de Priapo,
 leídos en las tardes diluviales
 el cuerpo tenso, la mirada intensa.
 265 Nombres anclados en el golfo
 de mi frente: yo escribo porque el druida,
 bajo el rumor de sílabas del himno,
 encina bien plantada en una página,
 me dio el gajo de muérdago, el conjuro
 270 que hace brotar palabras de la peña.
 Los nombres acumulan sus imágenes.
 Las imágenes acumulan sus gaseosas,
 conjeturales confederaciones.
 Nubes y nubes, fantasmal galope
 275 de las nubes sobre las crestas
 de mi memoria. Adolescencia,
 país de nubes.
 Casa grande,
 encallada en un tiempo
 280 azolvado. La plaza, los árboles enormes
 donde anidaba el sol, la iglesia enana
 —su torre les llegaba a las rodillas
 pero su doble lengua de metal

Derrumbe silencioso de horizontes:
 la luz se precipita de las cumbres,
 la sombra se derrama por el llano.

A la luz de la lámpara —la noche
 240 ya dueña de la casa y el fantasma
 de mi abuelo ya dueño de la noche—
 yo penetraba en el silencio,
 cuerpo sin cuerpo, tiempo
 sin horas. Cada noche,
 245 máquinas transparentes del delirio,
 dentro de mí los libros levantaban
 arquitecturas sobre una sima edificadas.
 Las alza un soplo del espíritu,
 un parpadeo las deshace.
 250 Yo junté leña con los otros
 y lloré con el humo de la pira
 del domador de potros;
 vagué por la arboleda navegante
 que arrastra el Tajo turbiamente verde:
 255 la líquida espesura se encrespaba
 tras de la fugitiva Galatea;
 vi en racimos las sombras agolpadas
 para beber la sangre de la zanja:
mejor quebrar terrones
 260 *por la ración de perro del labrador avaro*
que regir las naciones pálidas de los muertos;
 tuve sed, vi demonios en el Gobi;
 en la gruta nadé con la sirena
 (y después, en el sueño purgativo,
 265 *fendendo i drappi, e mostravami 'l ventre,*
quel mí svegliò col puzzo che n'uscia);
 grabé sobre mi tumba imaginaria:
no muevas esta lápida,
soy rico sólo en huesos;
 270 aquellas memorables

a los difuntos despertaba.
 285 Bajo la arcada, en garbas militares,
 las cañas, lanzas verdes,
 carabinas de azúcar;
 en el portal, el tendejón magenta:
 frescor de agua en penumbra,
 290 ancestrales petates, luz trenzada,
 y sobre el zinc del mostrador,
 diminutos planetas desprendidos
 del árbol meridiano,
 295 los tejocototes y las mandarinas,
 amarillos montones de dulzura.
 Giran los años en la plaza,
 rueda de Santa Catalina,
 y no se mueven. Mis palabras,
 al hablar de las casa, se agrietan.
 300 Cuartos y cuartos, habitados
 sólo por sus fantasmas,
 sólo por el rencor de los mayores
 habitados. Familias,
 criaderos de alacranes:
 305 como a los perros dan con la pitanza
 vidrio molido, nos alimentan con sus odios
 y la ambición dudosa de ser alguien.
 También me dieron pan, me dieron tiempo,
 claros en los recodos de los días,
 310 remansos para estar solo conmigo.
 Niño entre adultos taciturnos
 y sus terribles niñerías.
 Niño por los pasillos de altas puertas,
 habitaciones con retratos,
 315 crepusculares cofradías de los ausentes,
 niño sobreviviente
 de los espejos sin memoria
 y su pueblo de viento:
 el tiempo y sus encarnaciones

pecosas peras encontradas
 en la cesta verbal de Villaurrutia;
 Carlos Garrote, eterno medio hermano,
 275 *Dios te salve*, me dijo al derribarme
 y era, por los espejos del insomnio
 repetido, yo mismo el que me hería;
 Isis y el asno Lucio; el pulpo y Nemo;
 y los libros marcados por las armas de Priapo,
 leídos en las tardes diluviales
 280 el cuerpo tenso, la mirada intensa.
 Nombres anclados en el golfo
 de mi frente: yo escribo porque el druida,
 bajo el rumor de sílabas del himno,
 encina bien plantada en una página,
 285 me dio el gajo de muérdago, el conjuro
 que hace brotar palabras de la peña.
 Los nombres acumulan sus imágenes.
 Las imágenes acumulan sus gaseosas,
 conjeturales confederaciones.
 290 Nubes y nubes, fantasmal galope
 de las nubes sobre las crestas
 de mi memoria. Adolescencia,
 país de nubes.
 Casa grande,
 295 encallada en un tiempo
 azolvado. La plaza, los árboles enormes
 donde anidaba el sol, la iglesia enana
 —su torre les llegaba a las rodillas
 pero su doble lengua de metal
 300 a los difuntos despertaba.
 Bajo la arcada, en garbas militares,
 las cañas, lanzas verdes,
 carabinas de azúcar;
 en el portal, el tendejón magenta:
 305 frescor de agua en penumbra,

320 resuelto en simulacros de reflejos.
 En mi casa los muertos eran más que los vivos.
 Mi madre, niña de mil años,
 madre del mundo, huérfana de mí,
 abnegada, feroz, obtusa, providente,
 325 jilguera, perra, hormiga, jabalina,
 carta de amor con faltas de lenguaje,
 mi madre: pan que yo cortaba
 con su propio cuchillo cada día.
 Los fresnos me enseñaron,
 330 bajo la lluvia, la paciencia,
 a cantar cara al viento vehemente.
 Virgen somnilocua, una tía
 me enseñó a ver con los ojos cerrados,
 ver hacia adentro y a través del muro.
 335 Mi abuelo a sonreír en la caída
 y a repetir en los desastres: *al hecho, pecho.*
(Esto que digo es tierra
sobre tu nombre derramada: blanda te sea.)
 Del vómito a la sed,
 340 atado al potro del alcohol,
 mi padre iba y venía entre las llamas.
 Por los durmientes y los rieles
 de una estación de moscas y de polvo
 una tarde juntamos sus pedazos.
 345 Yo nunca pude hablar con él.
 Lo encuentro ahora en sueños,
 esa borrosa patria de los muertos.
 Hablamos siempre de otras cosas.
 Mientras la casa se desmoronaba
 350 yo crecía. Fui (soy) yerba, maleza
 entre escombros anónimos.

Un día

el tiempo se rompió: fui doble.
 Vértigo abstracto: hablé conmigo.
 355 No me multiplicaron los espejos

ancestrales petates, luz trenzada,
 y sobre el zinc del mostrador,
 diminutos planetas desprendidos
 del árbol meridiano,
 310 los tejocototes y las mandarinas,
 amarillos montones de dulzura.
 Giran los años en la plaza,
 rueda de Santa Catalina,
 y no se mueven.

315 Mis palabras. (El verso se separa de la estrofa anterior).
 al hablar de la casa, se agrietan.
Muchos cuartos vacíos, habitados (Se cambia la primera palabra.
 sólo por sus fantasmas, La edición de 1978 mantuvo
 sólo por el rencor de los mayores el verso original).
 habitados. Familias,
 320 criaderos de alacranes:
 como a los perros dan con la pitanza
 vidrio molido, nos alimentan con sus odios
 y la ambición dudosa de ser alguien.
 325 También me dieron pan, me dieron tiempo,
 claros en los recodos de los días,
 remansos para estar solo conmigo.
 Niño entre adultos taciturnos
 330 y sus terribles niñerías,
 niño por los pasillos de altas puertas,
 habitaciones con retratos,
 crepusculares cofradías de los ausentes,
 niño sobreviviente
 335 de los espejos sin memoria
 y su pueblo de viento:
 el tiempo y sus encarnaciones
 resuelto en simulacros de reflejos.
 En mi casa los muertos eran más que los vivos.
 Mi madre, niña de mil años,
 340 madre del mundo, huérfana de mí,

codiciosos que vuelven
 cosas los hombres, número las cosas:
 ni mando ni ganancia. La santidad tampoco:
 el cielo para mí pronto fue un cielo
 360 deshabitado, una hermosura hueca
 y adorable. Presencia suficiente,
 cambiante: el tiempo y sus epifanías.
 No me habló Dios entre las nubes;
 entre las hojas de la higuera
 365 me habló el cuerpo, los cuerpos de mi cuerpo.
 Encarnaciones instantáneas:
 tarde lavada por la lluvia,
 luz recién salida del agua,
 ya frente libre o libro abierto
 370 el horizonte despejado,
 el vaho femenino de las plantas
 piel a mi piel pegada: ¡súcubo!
 —como si al fin el tiempo coincidiese
 consigo mismo y yo con él,
 375 como si el tiempo y sus dos tiempos
 fuesen un solo tiempo
 que ya no fuese tiempo, un tiempo
 donde siempre es *ahora* y a todas horas *siempre*,
 como si yo y mi doble fuesen uno
 380 y yo no fuese ya.
 Dedos de luz abrían los follajes.
 Zumbar de abejas en mi sangre:
 el blanco advenimiento.
 Me arrojó la descarga
 385 a la orilla más sola. Fui un extraño
 entre las vastas ruinas de la tarde.
 Atónita en lo alto del minuto
 la carne se hace verbo —y el verbo se despeña.
 Saberse desterrado en la tierra, siendo tierra,
 390 es saberse mortal. Secreto a voces
 y también secreto vacío, sin nada adentro:

abnegada, feroz, obtusa, providente,
 jilguera, perra, hormiga, jabalina,
 carta de amor con faltas de lenguaje,
 mi madre: pan que yo cortaba
 345 con su propio cuchillo cada día.
 Los fresnos me enseñaron,
 bajo la lluvia, la paciencia,
 a cantar cara al viento vehemente.
 Virgen somnilocua, una tía
 350 me enseñó a ver con los ojos cerrados,
 ver hacia adentro y a través del muro.
 Mi abuelo a sonreír en la caída
 y a repetir en los desastres: *al hecho, pecho.*
(Esto que digo es tierra
 355 *sobre tu nombre derramada: blanda te sea.)*
 Del vómito a la sed,
 atado al potro del alcohol,
 mi padre iba y venía entre las llamas.
 Por los durmientes y los rieles
 360 de una estación de moscas y de polvo
 una tarde juntamos sus pedazos.
 Yo nunca pude hablar con él.
 Lo encuentro ahora en sueños,
 esa borrosa patria de los muertos.
 365 Hablamos siempre de otras cosas.
 Mientras la casa se desmoronaba
 yo crecía. Fui (soy) yerba, maleza
 entre escombros anónimos.

Días (Se suprime el artículo).
 como una frente libre, un libro abierto. (Este verso sustituye a dos que
 370 No me multiplicaron los espejos
 codiciosos que vuelven
 cosas los hombres, número las cosas:
 ni mando ni ganancia. La santidad tampoco:
 el cielo para mí pronto fue un cielo
 375

**El verso se coloca donde el poema
 trata el tema de la escritura).**

	no hay muertos, sólo hay muerte, madre nuestra. Lo sabía el azteca, lo adivinaba el griego: el agua es fuego y en su tránsito		deshabitado, una hermosura hueca y adorable. Presencia suficiente, cambiante: el tiempo y sus epifanías.	
395	nosotros somos sólo llamaradas. La muerte es madre de las formas... El sonido, bastón de ciego del sentido: escribo <i>muerte</i> y vivo en ella	380	No me habló dios entre las nubes; entre las hojas de la higuera me habló el cuerpo, los cuerpos de mi cuerpo. Encarnaciones instantáneas: tarde lavada por la lluvia, luz recién salida del agua,	
400	por un instante. Habito su sonido: es un cubo neumático de vidrio, vibra sobre esta página, desaparece entre sus ecos. Paisajes de palabras:	385	[<u>ya frente libre o libro abierto</u> <u>el horizonte despejado.</u>]	(Estos dos versos se suprimen en la segunda versión).
405	los despueblan mis ojos al leerlos. No importa: los propagan mis oídos. Brotan allá, en las zonas indecisas del lenguaje, palustres poblaciones. Son criaturas anfíbias, son palabras.	390	el vaho femenino de las plantas piel a mi piel pegada: ¡súcubo! —como si al fin el tiempo coincidiese consigo mismo y yo con él, como si el tiempo y sus dos tiempos fuesen un solo tiempo	
410	Pasan de un elemento a otro, se bañan en el fuego, reposan en el aire. Están del otro lado. No las oigo, ¿qué dicen? No dicen: hablan, hablan.	395	que ya no fuese tiempo, un tiempo donde siempre es <i>ahora</i> y a todas horas <i>siempre</i> , como si yo y mi doble fuesen uno y yo no fuese ya.	
	Salto de un cuento a otro		<u>Granada de la hora: bebí sol, comí tiempo.</u>	(Se agrega este verso).
415	por un puente colgante de once sílabas. Un cuerpo vivo aunque intangible el aire, en todas partes siempre y en ninguna. Duerme con los ojos abiertos, se acuesta entre las yerbas y amanece rocío, se persigue a sí mismo y habla sólo en los túneles,	400	Dedos de luz abrían los follajes. Zumbar de abejas en mi sangre: el blanco advenimiento. Me arrojó la descarga a la orilla más sola. Fui un extraño entre las vastas ruinas de la tarde.	
420	es un tornillo que perfora montes, nadador en la mar brava del fuego es invisible surtidor de ayes, levanta a pulso dos océanos, anda perdido por las calles	405	<u>Vértigo abstracto: hablé conmigo,</u> <u>fui doble, el tiempo se rompió.</u>	(Se agregan dos versos. Son importantes para respaldar la idea de la ‘epifanía literaria’. En la versión de 1978, un “blanco” se inserta después del verso 403).
425	palabra en pena en busca de sentido, aire que se disipa en aire. ¿Y para qué digo todo esto?		Atónita en lo alto del minuto la carne se hace verbo —y el verbo se despeña. Saberse desterrado en la tierra, siendo tierra, es saberse mortal. Secreto a voces y también secreto vacío, sin nada adentro: no hay muertos, sólo hay muerte, madre nuestra.	

- Para decir que en pleno mediodía
 el aire se poblaba de fantasmas,
 430 sol acuñado en alas,
 ingravidas monedas, mariposas.
 Anochecer. En la terraza
 Oficiaba la luna silenciaría.
 La *cabeza de muerto*, mensajera
 435 de las ánimas, la fascinante fascinada
 por las camelias y la luz eléctrica,
 sobre nuestras cabezas era un revoloteo
 de conjuros opacos. *¡Mátala!*
 gritaban las mujeres
 440 y la quemaban como bruja.
 Después, con un suspiro feroz, se santiguaban.
 Luz esparcida, Psiquis...
- ¿Hay mensajeros? Sí,
- 445 cuerpo tatuado de señales
 es el espacio, el aire es invisible
 tejido de llamadas y respuestas.
 Animales y cosas se hacen lenguas,
 a través de nosotros habla consigo mismo
 el universo. Somos un fragmento
 450 —pero cabal en su inacabamiento—
 de su discurso. Solipsismo
 coherente y vacío:
 desde el principio del principio
 ¿qué dice? Dice que nos dice.
 455 Se lo dice a sí mismo. *Oh madness of discourse,*
that cause sets up with and against itself!
 Desde lo alto del minuto
 despeñado en la tarde de plantas fanerógamas
 me descubrió la muerte.
 460 Y yo en la muerte descubrí al lenguaje.
 El universo habla solo
 pero los hombres hablan con los hombres:
 hay historia. Guillermo, Alfonso, Emilio:
- 410 Lo sabía el azteca, lo adivinaba el griego:
 el agua es fuego y en su tránsito
 nosotros somos sólo llamaradas.
 La muerte es madre de las formas...
 El sonido, bastón de ciego del sentido:
 415 escribo *muerte* y vivo en ella
 por un instante. Habito su sonido:
 es un cubo neumático de vidrio,
 vibra sobre esta página,
 desaparece entre sus ecos.
 420 Paisajes de palabras:
 los despueblan mis ojos al leerlos.
 No importa: los propagan mis oídos.
 Brotan allá, en las zonas indecisas
 del lenguaje, palustres poblaciones.
 425 Son criaturas anfibias, son palabras.
 Pasan de un elemento a otro,
 se bañan en el fuego, reposan en el aire.
 Están del otro lado. No las oigo, ¿qué dicen?
 No dicen: hablan, hablan.
- Salto de un cuento a otro
- 430 por un puente colgante de once sílabas.
 Un cuerpo vivo aunque intangible el aire,
 en todas partes siempre y en ninguna.
 Duerme con los ojos abiertos,
 435 se acuesta entre las yerbas y amanece rocío,
 se persigue a sí mismo y habla sólo en los túneles,
 es un tornillo que perfora montes,
 nadador en la mar brava del fuego
 es invisible surtidor de ayes,
 440 levanta a pulso dos océanos,
 anda perdido por las calles
 palabra en pena en busca de sentido,
 aire que se disipa en aire.
 ¿Y para qué digo todo esto?

- 465 el corral de los juegos era historia
y era historia jugar a morir juntos.
La polvareda, el grito, la caída:
algarabía, no discurso.
En el vaivén errante de las cosas,
470 por las revoluciones de las formas
y de los tiempos arrastradas,
cada una pelea con las otras,
cada una se alza, ciega, contra sí misma.
Así, según la hora cae desen-
lazada, su injusticia pagan. (Anaximandro.)
475 La injusticia de ser: las cosas sufren
unas con otras y consigo mismas
por ser un querer más, un más que más.
Ser tiempo es la condena, nuestra pena es la historia.
Pero también es el lugar de prueba:
480 reconocer en el borrón de sangre
del lienzo de Verónica la cara
del otro —siempre el otro es nuestra víctima.
Túneles, galerías de la historia
¿sólo la muerte es puerta de salida?
485 El escape, quizás, es hacia adentro.
Purgación del lenguaje, la historia se consume
en la disolución de los pronombres:
ni *yo soy* ni *yo más* sino más ser sin yo.
En el centro del tiempo ya no hay tiempo,
490 es movimiento hecho fijeza, círculo
anulado en sus giros.
- Mediodía:
- 495 llamas verdes los árboles del patio.
Crepitación de brasas últimas
entre la yerba: insectos obstinados.
Sobre los prados amarillos
claridades: los pasos de vidrio del otoño.
Una congregación fortuita de reflejos,
pájaro momentáneo,
- 445 Para decir que en pleno mediodía
el aire se poblaba de fantasmas,
sol acuñado en alas,
ingrávidas monedas, mariposas.
Anohecer. En la terraza
450 Oficiaba la luna silenciaría.
La cabeza de muerto, mensajera
de las ánimas, la fascinante fascinada
por las camelias y la luz eléctrica,
sobre nuestras cabezas era un revoloteo
455 de conjuros opacos. *¡Mátala!*
gritaban las mujeres
y la quemaban como bruja.
Después, con un suspiro feroz, se santiguaban.
Luz esparcida, Psiquis...
- 460 ¿Hay mensajeros? Sí,
cuerpo tatuado de señales
es el espacio, el aire es invisible
tejido de llamadas y respuestas.
Animales y cosas se hacen lenguas,
465 a través de nosotros habla consigo mismo
el universo. Somos un fragmento
—pero cabal en su inacabamiento—
de su discurso. Solipsismo
coherente y vacío:
470 desde el principio del principio
¿qué dice? Dice que nos dice.
Se lo dice a sí mismo. *Oh madness of discourse,*
that cause sets up with and against itself!
- 475 Desde lo alto del minuto
despeñado en la tarde de plantas fanerógamas
me descubrió la muerte.
Y yo en la muerte descubrí al lenguaje.
El universo habla solo

500 entra por la enramada de estas letras.
El sol en mi escritura bebe sombra.
Entre muros —de piedra no:
por la memoria levantados—
transitoria arboleda:
505 luz reflexiva entre los troncos
y la respiración del viento.
El dios sin cuerpo, el dios sin nombre
que llamamos con nombres
vacíos —con los nombres del vacío—,
510 el dios del tiempo, el dios que es tiempo,
pasa entre los ramajes
que escribo. Dispersión de nubes
sobre un espejo neutro:
en la disipación de las imágenes
515 el alma es ya, vacante, espacio puro.
En quietud se resuelve el movimiento.
Insiste el sol, se clava
en la corola de la hora absorta.
Llama en el tallo de agua
520 de las palabras que la dicen,
la flor es otro sol.
La quietud en sí misma
se disuelve. Transcurre el tiempo
sin transcurrir. Pasa y se queda. Acaso,
525 aunque todos pasamos, ni pasa ni se queda:
hay un tercer estado.
Hay un estar tercero:
el ser sin ser, la plenitud vacía,
hora sin horas y otros nombres
530 con que se muestra y se dispersa
en las confluencias del lenguaje
no la presencia: su presentimiento.
Los nombres que la nombran dicen: *nada*,
palabra de dos fillos, palabra entre dos huecos.
535 Su casa, edificada sobre el aire

480 pero los hombres hablan con los hombres:
hay historia. Guillermo, Alfonso, Emilio:
el corral de los juegos era historia
y era historia jugar a morir juntos.
La polvareda, el grito, la caída:
485 algarabía, no discurso.
En el vaivén errante de las cosas,
por las revoluciones de las formas
y de los tiempos arrastradas,
cada una pelea con las otras,
490 cada una se alza, ciega, contra sí misma.
Así, según la hora cae desenlazada,
su injusticia pagan. (Anaximandro.)
La injusticia de ser: las cosas sufren
unas con otras y consigo mismas
495 por ser un querer más, siempre ser más que más. (**La segunda cláusula se modifica**).
Ser tiempo es la condena, nuestra pena es la historia.
Pero también es el lugar de prueba:
reconocer en el borrón de sangre
del lienzo de Verónica la cara
500 del otro —siempre el otro es nuestra víctima.
Túneles, galerías de la historia
¿sólo la muerte es puerta de salida?
El escape, quizás, es hacia adentro.
Purgación del lenguaje, la historia se consume
505 en la disolución de los pronombres:
ni *yo soy* ni *yo más* sino más ser sin yo.
En el centro del tiempo ya no hay tiempo,
es movimiento hecho fijeza, círculo
anulado en sus giros.

Mediodía:

510 llamas verdes los árboles del patio.
Crepitación de brasas últimas
entre la yerba: insectos obstinados.
Sobre los prados amarillos

con ladrillos de fuego y muros de agua,
se hace y se deshace y es la misma
desde el principio. Es dios:
habita nombres que lo niegan.
540 En las conversaciones con la higuera
o entre los blancos del discurso,
en la conjuración de las imágenes
contra mis párpados cerrados,
545 el desvarío de las simetrías,
los arenales del insomnio,
el dudoso jardín de la memoria
o en los senderos divagantes,
era el eclipse de las claridades.
Aparecía en cada forma
550 de desvanecimiento.

Dios sin cuerpo,

con lenguajes de cuerpo lo nombraban
mis sentidos. Quise nombrarlo
con un nombre solar,
555 una palabra sin revés.
Fatigué el cubilete y el *ars combinatoria*.
Una sonaja de semillas secas
las letras rotas de los nombres:
560 hemos quebrantado a los nombres,
hemos dispersado a los nombres,
hemos deshonorado a los nombres.
Ando en busca del nombre desde entonces.
Me fui tras un murmullo de lenguajes,
565 ríos entre los pedregales
color ferrigno de estos tiempos.
Pirámides de huesos, pudrideros verbales:
nuestros señores son gárrulos y feroces.
Alcé con las palabras y sus sombras
570 una casa ambulante de reflejos,
torre que anda, construcción de viento.
El tiempo y sus combinaciones:

claridades: los pasos de vidrio del otoño.
515 Una congregación fortuita de reflejos,
pájaro momentáneo,
entra por la enramada de estas letras.
El sol en mi escritura bebe sombra.
520 Entre muros —de piedra no:
por la memoria levantados—
transitoria arboleda:
luz reflexiva entre los troncos
y la respiración del viento.
525 El dios sin cuerpo, el dios sin nombre
que llamamos con nombres
vacíos —con los nombres del vacío—,
el dios del tiempo, el dios que es tiempo,
pasa entre los ramajes
que escribo. Dispersión de nubes
530 sobre un espejo neutro:
en la disipación de las imágenes
el alma es ya, vacante, espacio puro.
En quietud se resuelve el movimiento.
535 Insiste el sol, se clava
en la corola de la hora absorta.
Llama en el tallo de agua
de las palabras que la dicen,
la flor es otro sol.
540 La quietud en sí misma
se disuelve. Transcurre el tiempo
sin transcurrir. Pasa y se queda. Acaso,
aunque todos pasamos, ni pasa ni se queda:
hay un tercer estado.
545 Hay un estar tercero:
el ser sin ser, la plenitud vacía,
hora sin horas y otros nombres
con que se muestra y se dispersa

los años y los muertos y las sílabas,
cuentos distintos de la misma cuenta.
575 Espiral de los ecos, el poema
es aire que se esculpe y se disipa,
fugaz alegoría de los nombres
verdaderos. A veces la página respira:
los enjambres de signos, las repúblicas
580 errantes de sonidos y sentidos,
en rotación magnética se enlazan y dispersan
sobre el papel.
Estoy en donde estuve:
voy detrás del murmullo,
pasos dentro de mí, oídos con los ojos,
585 el murmullo es mental, yo soy mis pasos,
oigo las voces que yo pienso,
las voces que me piensan al pensarlas.
Soy la sombra que arrojan mis palabras.

México y Cambridge, Mass.,
del 8 de septiembre al 27 de diciembre de 1974.

550 en las confluencias del lenguaje
no la presencia: su presentimiento.
Los nombres que la nombran dicen: *nada*,
palabra de dos filos, palabra entre dos huecos.
Su casa, edificada sobre el aire
con ladrillos de fuego y muros de agua,
se hace y se deshace y es la misma
555 desde el principio. Es dios:
habita nombres que lo niegan.
En las conversaciones con la higuera
o entre los blancos del discurso,
en la conjuración de las imágenes
560 contra mis párpados cerrados,
el desvarío de las simetrías,
los arenales del insomnio,
el dudoso jardín de la memoria
o en los senderos divagantes,
565 era el eclipse de las claridades.
Aparecía en cada forma
de desvanecimiento.

Dios sin cuerpo,
570 con lenguajes de cuerpo lo nombraban
mis sentidos. Quise nombrarlo
con un nombre solar,
una palabra sin revés.
Fatigué el cubilete y el *ars combinatoria*.
575 Una sonaja de semillas secas
las letras rotas de los nombres:
hemos quebrantado a los nombres,
hemos dispersado a los nombres,
hemos deshonorado a los nombres.
580 Ando en busca del nombre desde entonces.
Me fui tras un murmullo de lenguajes,
ríos entre los pedregales
color ferrigno de estos tiempos.

Pirámides de huesos, pudrideros verbales:
nuestros señores son gárrulos y feroces.
585 Alcé con las palabras y sus sombras
una casa ambulante de reflejos,
torre que anda, construcción de viento.
El tiempo y sus combinaciones:
los años y los muertos y las sílabas,
590 cuentos distintos de la misma cuenta.
Espiral de los ecos, el poema
es aire que se esculpe y se disipa,
fugaz alegoría de los nombres
verdaderos. A veces la página respira:
595 los enjambres de signos, las repúblicas
errantes de sonidos y sentidos,
en rotación magnética se enlazan y dispersan
sobre el papel.

Estoy en donde estuve:
600 voy detrás del murmullo,
pasos dentro de mí, oídos con los ojos,
el murmullo es mental, yo soy mis pasos,
oigo las voces que yo pienso,
las voces que me piensan al pensarlas.
605 Soy la sombra que arrojan mis palabras.

México
y Cambridge, Mass. del 9 de septiembre (De acuerdo con la segunda versión,
al 27 de diciembre de 1974. Paz comenzó el poema el 28 de
diciembre de 1974).